

heterogeneidad de los elementos orgánicos, cuyas propiedades generales y particulares, contienen en sí, la causalidad de lo que mantiene y sostiene la existencia y duración en los cuerpos vivos, es decir, lo que nosotros hemos querido dar á entender en nuestras concepciones físicas con el nombre de vida.

L. R. JOSÉ MARTINEZ ANCIRA.

EL DR. MANUEL PÉREZ BIBBINS.

De tiempo en tiempo, y á menudo frecuentemente, tenemos que lamentar la pérdida de seres queridos y útiles, bajo todos conceptos, para la sociedad en que vivieron. ¡Tal es la ley inexorable del destino! Ayer llorabamos al inolvidable Gonzalitos, y apenas ni aún enjugamos las lágrimas vertidas, cuando ya de nuevo, sentimos atribulada el alma de dolor y anegados en llanto los ojos.

Manuel Pérez Ribbins ha muerto.

Es cierto tristemente que todos debemos de morir, porque estamos sujetos todos á la misma ley inmutable: la tierra que nos produjo ha de volver á la tierra. La materia indestructible, ayer viva, y hoy muerta, mañana revivirá con otras formas, para morir y resucitar de nuevo; organizándose y desorganizándose sucesivamente, mientras posible sea en la superficie de nuestro ingrato planeta ese incesante movimiento de composición y descomposición que anima á la naturaleza entera.

Después de existir largo tiempo, y á veces por desgracia, cuando se comienza á vivir, en todas las edades, á toda hora, en cualquier sitio, llega al fin el momento en que cesa la fuerza que nos anima, y la vida se apaga, y la vida se extingue.

El hombre vive y se alimenta por el trabajo, por él se perfecciona, por él se ennoblece y por él al cabo se siente inmensa satisfacción y reposo en la ancianidad, pues que el trabajo es la verdadera misión del hombre. Y en esta ocupación continua de su vida va avanzando paso á paso al fin de su existencia, hasta pisar el umbral de su sepulcro.

Tal sucedió al Dr. Pérez Bibbins. Apenas en la aurora de la vida, llena de esperanza su alma y de nobleza su espíritu, cumpliendo con los deberes de su noble sacerdocio, le sorprendió la muerte.

Descance en paz.

Habla "La Voz de Nuevo-Leon:"

"A las tres de la tarde del día 25 del que cursa, se recibió el duelo en la casa número 38 de la calle del Teatro; de allí partió á las cuatro la comitiva al Panteón, yendo en primer término el carro fúnebre; en seguida, los Sres. Oficiales francos de la Guarnición, altos empleados públicos, varios particulares, y al fin un Escuadrón del 13 Regimiento, al cual pertenecía el finado Doctor, llevando aquel Escuadrón su música y banda y á retaguardia proseguía una larga fila de carruajes.

En tal forma, aquel fúnebre cortejo llegó al lugar de los muertos; y colocada la urna que guardaba el cadáver á que se hacían los últimos honores, sobre el borde de la tumba abierta, tomó la palabra el Sr. Lic. Hermenegildo Dávila, dirigiendo la sentida y elevada alocución que reproducimos.

El orador, dominando al concurso con su vibrante voz, en que sonaban las inflexiones conmovedoras del sentimiento, dijo:

SEÑORES:—¿Es la vida del hombre tan breve como las nocturnas exhalaciones de nuestro cielo? ¿Son su imagen las efímeras flores, que vé nacer el alba y á las cuales la noche sepulta ya marchitas en sus sombras?

Arcanos incomprensibles de la creación, que día á día nos sorprenden, durante nuestro viaje en el apartado mundo que habitamos, son los cuadros que nos presenta la naturaleza cuando, seres vigorosos, llenos de exuberancia, sobrados de vitalidad, desaparecen de nuestro lado, haciendo con rapidez la carrera de la humana existencia.

Cadáver, que pronto ocultará la tierra á nuestras miradas, tú formas uno de esos inesperados cuadros, que, si no ponen espanto en el corazón, conturban el espíritu y oscurecen el astro de la esperanza mas legítima y mas halagüeña.

Ayer te alentaba el sol de la vida: talento creador se alojaba en tu cabeza; tus ojos irradiaban con el fuego de la inspiración; tu espíritu ardía con el amor infinito de la belleza, de la verdad y de la virtud; tu corazón latía á los impulsos de levantados sentimientos; y, convulso por el éxtasis, por algo divino que te comovía hasta las entrañas, como descarga eléctrica, tu mano en vertiginosas convulsiones derramaba á torrentes palabras rítmicas, dando ser á creaciones que iban á caer como fecundante lluvia, en almas que no tenían para tí sino